

PELIGRO

La operación llamada «de castigo» realizada por Israel contra el Líbano no se comprende bien si no es relacionada con el conflicto paralelo de Indochina: una operación de cobertura, de distracción, de auxilio. Los resultados obtenidos por Israel son más bien negativos. El saldo militar es dudoso —hay quien dice que resultó favorable a los árabes—; los ejércitos árabes se han unido en esta operación y, por primera vez, los guerrilleros han combatido junto a los ejércitos regulares. La condena del Consejo de Seguridad ha sido fuerte y la opinión pública occidental, que desde el principio de las hostilidades es marcadamente proisraelí, ha reaccionado en contra. La irrupción, por otra parte, ha sido repentina y sorprendente. No había habido en los días anteriores una acción guerrillera que justificase la represalia y, por el contrario, Golda Meier y Abba Eban habían estado pronunciando palabras de carácter conciliador. En el Consejo de Seguridad sólo los Estados Unidos —y su escolta británica— han tratado de paliar esa condena y, como si fuese por casualidad, Washington ha reafirmado su deseo de vender los aviones Phantom a Israel. Como si —es una hipótesis— Estados Unidos hubieran ofrecido aviones, armas y ayuda a Israel a cambio de un golpe de mano espectacular que desviase durante el mayor tiempo posible la atención pública del otro golpe de mano más profundo, más importante, más trascendente, que es la invasión de Camboya.

El «Times», de Nueva York, parece subrayar esa intención en un editorial en el que dice que «el raid a gran escala de Israel contra los santuarios de las guerrillas en el Líbano llama la atención una vez más sobre la crisis continuada de Oriente Medio, que es aún más peligrosa que la escalada del conflicto en Indochina, sobre el cual se ha detenido la atención nacional e internacional durante las últimas semanas». ¿Por qué se considera más peligrosa la crisis árabe-israelí que la escalada de los Estados Unidos en Indochina? La tesis es que el compromiso militar de la URSS en el Oriente árabe aumenta y los Estados Unidos lo consideran como una «intervención directa» a la que deben reaccionar incrementando a su vez su apoyo militar a Israel, de forma que puede llegarse a un enfrentamiento directo entre las dos grandes potencias. Este enfrentamiento podría destruir la preciada y lenta «coexistencia» de hoy y llevar, a la larga, a una guerra mayor.

Se puede ser escéptico con respecto a ese posible desarrollo de acontecimientos. No parece que el grave conflicto del Oriente árabe escape enteramente al control de las dos grandes potencias. Su verdadero peligro sería ése, y algunas veces se ha visto venir: que Israel y los países árabes actuaran sin el control de los «grandes» y arrastraran a éstos a enfrentarse entre sí. Por el momento, y aunque a veces parezca que lo contrario se va a producir, sucede a la inversa: que cada movimiento en aquella zona está dirigido desde lejos.

La situación en Indochina, por el contrario, no está controlada. Es una situación espontánea. No solamente el teatro de operaciones ofrece desde hace años una guerra continua y en expansión creciente, sino que ha ocasionado la pérdida de control de la propia política interior americana, la ruptura de la sociedad en la nación más poderosa y más rica del mundo. «La nación ha perdido su sentido de dirección», dice otro editorial del «Times», de Nueva York. La profunda discordia no es solamente un asunto de «hologazanes revoltosos», como imprudentemente Nixon calificó a los disidentes de su aventura indochina, sino de los estamentos políticos, una separación entre el Presidente y su Gobierno, entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. «Este país está en el filo de un colapso espiritual, y quizá de un colapso físico», acaba de declarar el alcalde de Nueva York, y añadió que «por primera vez en un siglo no estamos seguros de si hay un futuro para América».

La idea de que el Senado, la Cámara, incluso el Gabinete, han perdido el control de la dirección del país sobre una decisión tan importante como es la guerra y la paz, y que lo han perdido también sobre los movimientos de revuelta y represión en el interior

del país, sumada a la noción exacta de que es el país más armado del mundo —desde las armas nucleares y sus vectores hasta las pistolas en el bolsillo de sus ciudadanos—, es, en estos momentos, la más angustiosa del mundo. No hay ahora que hacer ningún esfuerzo para identificar esta situación —con sus instituciones democráticas paralizadas, con sus ideales en quiebra, con sus muertos diarios, con una Guardia Nacional actuando como milicia política («¿Quién nos guardará de la Guardia?», titula «Newsweek») — con las que en Alemania y en Italia precedieron inmediatamente a la implantación de unos regímenes que produjeron más tarde la segunda guerra mundial. Los mismos lemas del poder, el de la «mayoría silenciosa» y el de «ley y orden» parecen arrancados de aquellos mismos regímenes. Hitler, ciertamente, implantó un «orden nuevo», y en cuanto a sus mayorías y aun sus minorías no pudieron salir de su silencio más que para emitir vitores y cánticos organizados. Los elementos fuertes de un país en crisis como lo están hoy los Estados Unidos no suelen resistirse a la tentación del sansonismo. A veces se escuchan voces norteamericanas que parecen remedos de las que entonces aclamaban la decisión de un solo hombre: «Tenemos sólo un comandante en jefe, tenemos un solo hombre capaz de tomar decisiones...» (senador Hugh Scott).

No parece extraño que en un país donde todo se teme y todo es posible haya causado un gran impacto el artículo de un hombre acostumbrado a ver los acontecimientos y los hombres con distanciamiento, como es el historiador británico Arnold J. Toynbee, que a su enorme fama mundial une las condiciones de cristiano, conservador y anticomunista. No es frecuente leer en un anticomunista una frase como ésta: «¿Preferiría yo ser un vietnamita "salvado" por el Ejército americano o ser un checo "salvado" por el Ejército ruso? Desde luego, preferiría ser el checo». La tesis de Toynbee es que «para la mayor parte de los europeos, América aparece ahora como el país más peligroso del mundo. Puesto que América es, incuestionablemente, el país más poderoso, la transformación de la imagen de América en los últimos treinta años es aterradora para los europeos. Es probablemente aún más aterradora para la mayoría de la raza humana que no es europea ni norteamericana, sino que es latinoamericana, asiática y africana». Las esperanzas de Toynbee son casi metafísicas: las madres, «las madres de América pueden aún ponerse en acción, y creo que esa es una batalla que el Pentágono no podrá ganar. En las madres de América veo aún una esperanza para el mundo». Ciertamente se prepara una campaña en el Día de la Madre, organizada por Bess Meyerson Grant, pero es difícil compartir el optimismo de Toynbee acerca de sus resultados.

No parece que la Unión Soviética desee hoy ver un colapso de los Estados Unidos. De las reacciones de un gigante herido puede temerse lo peor, y los Estados Unidos son hoy ese gigante herido. Los movimientos soviéticos en el campo internacional son muy medidos, muy prudentes. Aún no ha reconocido al Gobierno de Norodom Sihanuk en el exilio, y la acción de sus hombres en el Oriente árabe parece más bien destinada a evitar que se descontrola la situación que a forzar por esa zona la crisis mundial. Las fuerzas revolucionarias se lo reprochan, China la acusa. La Unión Soviética podría hoy aplicarse a abrir terceros, cuartos frentes en otras zonas del mundo —en Hispanoamérica, en África— que obligaran a desgajarse a los Estados Unidos en esfuerzos mayores. Quizá tenga la sensación de que en estos momentos, y ante ese peligro, quienes mandan hoy en los Estados Unidos tendrían hoy pocos inconvenientes en comprometerse en una acción mayor, en una acción de tipo sansónico. Es muy probable que la Unión Soviética tenga en estos momentos cierto deseo de ayudar a los Estados Unidos a resolver su crisis más que a empeorarla —diga lo que diga Malek en el Consejo de Seguridad— y probablemente los Estados Unidos harían lo mismo en un caso inverso. En cierto momento, Kennedy y Krutchev colaboraron no sólo para sostener la paz mundial, sino para contener en cierta forma a sus «ultras» del interior. Es una forma del equilibrio mundial.